

RAMON L. SANTELLI

Vasco Núñez de Balboa

Descubridor del
Oceano Pacifico.

SU VERDADERA CUNA

CABUPANO — VENEZUELA

«Central Tipográfica.»

RAMON L. SANTELLI

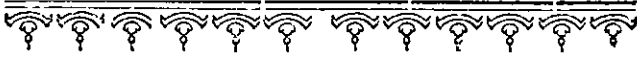
Vasco Núñez de Balboa

Descubridor del
Oceano Pacifico.

SU VERDADERA CUNA

CARUPANO.—VENEZUELA

.....
«Central Tipográfico.»



LA CUNA

DE

VASCO NUÑEZ DE BALBOA

El pensador que sobresale en la ciencia : el héroe que realiza hazañas portentosas ; el esteta que maravilla con sus divinas joyas de arte ; y todos los que en cualquier forma descuellan en los civilizadores afanes de la idea y de la acción, en el solemne momento de los triunfos inmortales, piensan en que una aurora de gloria ha de iluminar perpetuamente el cielo de la querida tierra nativa, la cuna inolvidable donde se recibieron las primeras impresiones y donde arrullaron los prístinos besos maternales. Es en virtud de esta razón que las personas que escriben la historia de los hombres ilustres, lo primero que averiguan es el lugar de su nacimiento. La vida de un hombre célebre constituye el honor y la gloria de un pueblo, de una nación o de una raza. Los pueblos se engrandecen y se immortalizan con las virtudes y las conquistas notables de sus preclaros hijos. Esta es la causa porque las naciones cultas, aman, veneran y perpetúan en mármol, lienzo y poema a sus hombres prominentes. No existe país que permita se le desvirtue o desacredite injustamente una gloria pura y positiva ; y ningún lugar que se deje arrebatarse el derecho de haber sido la cuna de un sabio, de un héroe de un artista, de un civilizador.

En los anales de la colonización y conquista de las tierras del hemisferio austral, descubiertas por el más sabio de los sabios, el héroe y mártir Don Cristóbal Colón, existen páginas brillantes que deben leerse cuidadosamente:

comentarse con esmero; y revelarse en alas de la prensa las verdades extraídas de ellas, a fin de que sean conocidas y debidamente estimadas por las almas selectas. De ese modo pueden desvanecerse también opiniones infundadas; destruirse errores consagrados como certeza por la ignorancia; aniquillarse mentiras alimentadas por la conveniencia, y deshacerse malignas apreciaciones con que se ha querido oscurecer la buena fama de eminentísimos varones, dignos del canto inmortal.

Este escrito tiene el principal fin de demostrar de modo convincente la cuna del periclitado extremeño Vasco Núñez de Balboa, héroe humildísimo en su origen, extraordinario en sus empresas, y grandioso por la gloria con que adornó su nombre e ilustró a la Patria.

Con Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa, que salieron de Sevilla en octubre de 1501, vino Vasco Núñez de Balboa al Continente Colombiano. Estos recorrieron, explorando y rescatando, la Costa desde el Cabo de la Vela hasta el puerto de Nombre de Dios; y de allí navegaron a la Española (Santo Domingo y Haity), donde el Gobernador Bobadilla, victimario de los Colón, hombre injusto, cruel y ambicioso, los recibió con rostro duro; y con color de justicia, los redujo a prisión, y les quitó las riquezas que habían adquirido en el trato con los indios.

Como una gracia les concedió la libertad, con la condición de que se fuesen inmediatamente para España. Siendo Balboa pobre, desconocido y de condición humilde, no inspiró sospechas ni recelos al Gobernador, y logró quedarse como colono en la isla, donde vivió por algún tiempo en el pueblo nombrado Salvatierra de la Sabana.

Salía Anciso, de la Española, para Urabá con socorros y gente para la colonia que allí se establecía, y contraviniendo una orden de que ningún adeudado se embarcase con él, deseando Balboa hacer el viaje en solicitud de fortuna, embarcóse oculto en el navío, y, cuando iban navegando, abandonó el escondite. Al verle Anciso ardió en ira, y quiso castigarlo, pero los compañeros intercedieron en su favor, y fué perdonado. Llegó Anciso a Cartagena, pasó a Urabá, y después al Darién por consejo de Vasco Núñez, quien conocía las riquezas de la tierra y su abundancia en bastimentos, porque la había visitado cuando vino con Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa, como antes se ha referido. Resultó beneficioso el consejo de Balboa, y esto le gran-

jeó reputación de hombre inteligente y avisado, y también la estimación de sus camaradas. Establecióse en la Tierra Firme, y por su talento, su valor, sus astucias, la energía del carácter, su desprecio a los peligros, su fortaleza para sufrir trabajos, su destreza en el manejo de las armas, la buena estrella que le alumbraba en sus designios, y por sus bondades, se captó el afecto de los compañeros, quienes le nombraron Alcalde por tales merecimientos. Debido a circunstancias especiales, y sobre todo por el mal carácter de Anco y de Nicuesa, se impuso sobre ellos, que eran principales en el Gobierno, y se hizo el árbitro de los destinos de los colonos en aquellos lugares. Combatió en diferentes provincias contra numerosos Caciques y les ganó el respeto y el cariño; conquistó con sus proezas grandísima fama de activo y de valiente; y adquirió ricos caudales que repartía entre los españoles.

El indio Careta, rey de la provincia de Cuba le dió por mujer una hija hermosísima, en prenda de amistad, a quien distinguía y amaba, y quien fué después una de las causas de su muerte, sin imaginarlo ella siquiera, ni adivinarlo su padre, el cual fué fiel a Balboa en la alianza que hablan contraído para protegerse, mutuamente, y el cual le prestó grandes servicios en la feliz realización de sus esclarecidos hechos.

La fama de las riquezas de la tierra y de las radiantes hazañas del paladín extremeño, había llenado la isla Española, y había volado por toda España. En aquellos días en que la Península henchía el orbe con el prestigio de sus sabios, de sus héroes y de sus descubrimientos, sólo faltaba para completar la inmensa obra de engrandecimiento y de gloria, encontrar un paso que condujera al Océano Pacífico, a fin de navegar al Asia. El insigne Don Cristóbal Colón, con la videncia que emañaba de su sabiduría, que era infinita, y por indicios obtenidos de los indios, emprendió su cuarto viaje en 1502 en pos del ansiado estrecho, acompañado de Don Bartolomé Colón, descubridor del Cabo Buena Esperanza junto con Bartolomé Díaz, y de su hijo Don Fernando Colón, historiador; y con milagrosa certeza llegó al istmo, sin lograr fundar colonias ni hallar el mar del Sur, debido a espantosas tormentas, al furioso desencadenamiento de mil contradicciones que sin cesar le combatieron sin darle un momento de reposo. La Providencia había reservado el honor de encontrar los codiciados paso y el mar del Sur al infatigable hijo de Extremadura, a quien tanto favorecía la suerte en todas sus determinaciones, en todas sus empresas. En el perenne afán de descubrir provincias, fundar

colonias, reducir caciques a su obediencia, obtener vituallas y allegar tesoros, visitó al Rey Comogre, quien lo recibió afablemente y le brindó magníficas atenciones. En una disputa que los españoles tuvieron entre sí, sobre el reparto de cierta cantidad de oro que el primogénito de este Cacique les donó espontáneamente, dió con el puño cerrado un fuerte golpe en las balanzas donde se pesaba el rico presente, derramándolo por el suelo; y les dijo que si por esas riquezas habían abandonado a su país, corriendo tantos peligros en remotos mundos ajenos, él les mostraría una tierra donde los ídolos eran de oro, de oro los vasos, las joyas de oro, y todos los adornos de oro, en la ribera de otro mar, grande como el Atlántico. Le refirió a Balboa que en aquellas aguas navegaban barcos con velas; más pequeños que los navíos españoles; y le indicó que para explorar y domiñar las naciones, donde gobernaban reyes y príncipes poderosísimos, no era suficiente la gente que tenía, y que se necesitaban mil cristianos bien armados; y que a considerable distancia se encontraba una cumbre desde la cual se contemplaba el mar. Inusitada fue la alegría de Balboa y de sus compañeros, al saber que tenían cerca el anhelado océano del Sur, y que descubriéndolo, pronto podrían viajar a los áureos países de la India, que era el dorado ensueño de los reyes, de los miembros de la Corte, de los grandes de la política y de la mayoría de los navegantes.

La revelación que el indio le acababa de hacer, era la mágica llave de los prodigios; la más bella esperanza redentora de sus faltas pasadas, como la prisión de Anciso y la expulsión del desdichado Nicuesa; y la más alta escala milagrosa para ascender al olimpo de los inmortales..... Y él, hombre de talento y de acción, concibió la idea de realizar la campaña del descubrimiento. Después de estudiar el plan de la portentosa obra que iba a emprender, y de solicitar los recursos precisos, y antes de que otro pudiera adelantársele, por cualquier circunstancia, salió de Santa María con ciento noventa hombres, en los primeros días de Setiembre de 1513, con dirección a Coyba donde dejó al llegar algunos soldados para que le guardasen las espaldas, y cuidasen el bergantín y las nueve canoas en que habían ido.

Su suegro Careta le dió indios amigos para que le ayudasen; hizo alianza en el tránsito con Ponca; y de la provincia de este Cacique reanudó la marcha el 20 de Setiembre a los empinados Andes, que ya se destacaban im-

mentes en el azul horizonte. Llegaron después de ruda pelea a la población del Rey Cuarecua, quien murió en la refriega; descansó allí pocos días, y dejando algunos compañeros enfermos, continuó el camino en la mañana del célebre 25 de Setiembre, con sesenta y siete hombres tílles. Al salir del laberinto de bosques, ciénegas, ríos y combates, escaló una rocallosa montaña, de donde le señalaron los guías indios una eminencia solitaria, desde la cual se divisaba el piélagó infinito. Deseando ser entre los españoles el primero en mirarlo, ascendió solo a la cumbre indicada, y al verlo cayó de rodillas, derramó lágrimas de fé y entusiasmo, y elevó oraciones de gracias al Cielo por la dicha que acababa de otorgarle. Subieron los camaradas a participar de las fruiciones del triunfo, con su ilustre conductor, el de los asombrosos portentos. Luego dividió la gente en tres porcionés, y las enderezó a buscar la senda más corta para llegar al mar. Francisco Pizarro, descubridor y conquistador después del Birú o Perú, tomó una dirección; Juan de Ezcaray se dirigió por otro rumbo; y Alonso Martín se encaminó por otra parte. Este último llegó primero; y regresando a la eminencia donde había quedado Balboa, descendió éste, y el 29 de Setiembre pisó la playa del mar Austral. La lengua de tierra que unía las dos partes del Continente, tiene en su mayor anchura más de diez y ocho leguas; y desde el puerto de Cáreta hasta la ribera del otro Oceano, no había más de seis días, y ellos hicieron el viaje en veinte, debido a las innumerables dificultades que les fé preciso vencer. Regresó al puerto de Cáreta; allí se embarcó, y llegó al Darién el 19 de enero de 1514, a los cuatro meses y medio después de haber salido.

Comisionó a Pedro de Arbolancha en el mes de marzo de 1514, para que diese cuenta al Rey Don Fernando del Descubrimiento del Pacífico, de las riquezas halladas, y del progreso de la colonia. Este entregó al Rey un valiosísimo presente de perlas finas en nombre de los colonos. Conocidos y apreciados los indiscutibles méritos de Balboa, se tornaron en buenas las malas impresiones que se tenían de su persona. Anciso lo descreditaba en la Corte, hablando de las violencias que contra él se habían cometido, y del doloroso infortunio de Nicuesa, quien expulsado, en un navío podrido, desapareció con sus infelices amigos, sin que nunca se haya sabido como se verificó su triste fin. Hacía creer que Balboa y los que le seguían eran unos salteadores, hombres sin fé religiosa, matadores de indios, violadores de la honra

agena, ambiciosos vulgares, ladrones sin conciencia, y que en nada respetaban las decisiones de la Corte ni las órdenes del Rey. Ya Balboa con sus grandiosas hazañas había ganado la estimación de Don Fernando y de todos los hombres importantes que le rodeaban. . . . Con el objeto de terminar las disputas, se nombró a Pedro Arias del Avila, llamado el Justador y también el Galán, Jefe de la Colonia. Con él se embarcaron en quince navios, en el puerto de San Lucar, el 11 de abril de 1514, dos mil hombres, casi todos jóvenes, nobles y ricos, de las principales casas de Castilla. Allí vinieron Gaspar de Espinosa, de Alcalde Mayor; Alonso de la Puente, de Tesorero; Gonzalo Fernández de Oviedo, historiador, de Veedor; el Bachiller Anciso, de Alguacil Mayor; y el Obispo Juan de Quevedo, destinado al servicio del culto divino. Otros diferentes empleados, y algunos sacerdotes también se embarcaron para prestar servicios al Gobierno y al engrandecimiento de la Colonia. Los navios arribaron el 29 de julio delante del Darien. Balboa y su gente recibieron con cortesía y buena amistad a Pedrarias y a su distinguida comitiva. Al siguiente día de haber llegado el Gobernador, llamó a Vasco Núñez, y le dijo de las finas recomendaciones que para él le había dado el Rey Don Fernando. Después le pidió relación de sus descubrimientos, de las provincias, de los rios, y de los lugares donde se encontraban las riquezas, el cual la dió detallada por escrito. Inmediatamente le tomó residencia por la desaparición de Nicuesa y el desconocimiento de Anciso. El Alcalde Mayor Espinosa y Balboa se sintieron agraviados con la pérfida conducta de Pedrarias. El primero, porque hacia el interrogatorio por su cuenta; y el otro, porque veía en esa actitud un medio infame para desconocerle sus méritos y servicios, y una persecución para humillarlo y hundirlo. Intervino el Obispo Quevedo en favor de Vasco Núñez, porque éste le mañejaba y acrecentaba sus bienes; y para protegerlo mejor, utilizó las influencias de la esposa de Pedrarias, Doña Isabel de Bobadilla, quien distinguía y apreciaba al descubridor del mar del Sur, por las suaves atenciones que siempre le dispensaba. Cedió el Gobernador en sus propósitos hesitantes; y el Alcalde Mayor Espinosa, declarole libre de los cargos criminales, pero le condenó para que, diése satisfacción pecuniaria de los daños y perjuicios causados a los particularés. Los resultados de esta residencia dejaron a Balboa reducido a la más dolórosa pobreza. Tan funesto procedimiento contra el hombre que había unificado, salvado, engrandecido y enriquecido a los miembros de la colonia con sus heróicos esfuerzos, era un se-

millero de desconfianzas, resentimientos y rivaldades que había esparcido Pedrarias entre sus amigos y los que rodeaban a Balboa....

Vinieron días calamitosos a la Colonia. Los indios se rebelaron con las persecuciones, maltratos, despojos y muertes que se les hacían; los españoles divididos entre Pedrarias, y el descubridor del Pacífico; y el hambre pavorosa que había surgido, diezmaba y aniquilaba la naciente Colonia, alegre, victoriosa y próspera en la época que la había dirigido y gobernado el vencedor del istmo. Muchos de los colonos, huyendo de la miseria, de los combates y la muerte, con permiso del Gobernador se regresaron a Castilla, y otros se refugiaron en las islas. Los partidarios de Balboa enviaban mensajes a España culpando a Pedrarias de los infinitos males que se sufrían, y éste hacía responsable al otro de cuanto se estaba padeciendo. El Rey Fernando, como se dijo, en la incesante contemplación de las perlas finas y las preseas de oro purísimo que Arbolancha le había entregado en nombre de la Colonia, consideró justo premiar los elevados méritos y los eminentes favores que Vasco Núñez le hacía a la Corona con sus famosos descubrimientos, y le dió el título de Adelantado del Mar del Sur y la gobernación y capitania general de las provincias de Coiba y Panamá. Llegan los despachos, y cayeron en manos de Pedrarias; quien sin ningún miramiento los ocultaba. Supieron el secreto Vasco Núñez de Balboa y el Obispo; presentaron sus quejas y pidieron se diese cumplimiento a las órdenes reales. El Gobernador accedió con la condición de que Vasco Núñez no hiciera uso de la autoridad, sin que antes obtuviera su anuencia. El hombre que había realizado tantas maravillas, y estaba acostumbrado a gobernar sólo, pacientemente tenía que someterse a la tutela de un rival que no lo veía con buenos ojos, ni perdía ocasión en coartarle la libertad que necesitaba para sus grandes negocios. Con el fin de unirlos en estrecho vínculo para bien de ambos, de la Colonia y de los intereses de la Corona, el Obispo Quevedo y Doña Isabel de Bobadilla convencieron a Pedrarias que debía hacer lo posible para concertar un matrimonio entre Vasco Núñez y una de sus hijas. Tanto el Gobernador como el Adelantado del mar del Sur, aceptaron el consejo; y por poder se unió Vasco Núñez en lazo matrimonial con Doña María, que a la sazón residía en Castilla.

Deseando Balboa continuar sus exploraciones en el océano Austral, hizo construir cuatro bergantines, y en

hombro de hombres los trasportó del uno al otro mar. Por ser recién cortada la madera, se perdieron comidos de gusanos. Construyó otros, y una recia avenida de aguas los inutilizó. Fabricó algunos más, con materiales llevados de Acla y del Darién, y con ellos navegó en solicitud de las ricas regiones del Perú, que eran las que le había revelado el hijo mayor del Rey Comogre. Navegó tan solo algunas leguas, y se regresó del puerto de las Piñas, con el propósito de construir más navios, acopiar mayor cantidad de provisiones, armas, hombres y recursos de todo género, que fuesen suficientes para poder lograr felizmente sus asombrosos fines. Todo le sonreía en esos días. La dicha lo mimaba con delicadas caricias. Las innumerables contrariedades que se le habían presentado parecían vencidas con su energía de titán, con su inagotable paciencia, con su talento avasallador. El Rey lo distinguía con su aprecio, y lo honraba con títulos magníficos; la Corte reconocía sus altos méritos; y los cronistas empezaban a tributarle elogios por sus hazañas, disipando así las malas referencias que antes se habían escrito contra su persona. Un filósofo veneciano, que andaba entre ellos, dado a la astrología y la adivinación, llamado Micer Codro, le había dicho: Cuando vieres cierta estrella en tal punto del Cielo, entonces te encontrarás en peligro inminente: pero si te salvas de él, serás el más dichoso de los hombres que han venido al hemisferio Austral. Vió Vasco Núñez la estrella, y al relatar a sus compañeros el dicho de Micer Codro, considerando los bienes de que estaba rodeado, se reía del filósofo, y se burlaba de la astrología y de los adivinos. Apenas concluyó de hablar, cuando de improviso le presentaron una orden de Pedrarias para que pasara a Acla. No puso obstáculos en obedecer al llamamiento, y cerca de Acla le hizo preso Francisco Pizarro, con fuerza armada. Fué encarcelado y cargado de hierros. Originaron este procedimiento muchos de los que rodeaban a Pedrarias que, aconsejados por la rivalidad, la envidia, y la torpe ambición, con intrigas y calumnias, habíanle hecho concebir sospechas y odio contra el héroe, declinado de noblezas, que tantos beneficios hacia a la Patria. Hasta su íntimo amigo Andrés Garavito, había soplado en la hoguera de los viejos rencores del Gobernador, el cual se veía pequeño ante la procerza talla del insigne forjador de cosas magnas. Se dice que Garavito fué impulsado por un puro sentimiento de venganza, porque Balboa lo había reprendido por deslices usados con su mujer, la bella hija del Rey Cáreta, que éste le había dado en prenda de amistad, en símbolo de alianza, y la cual le había sido muy útil en sus descubrimientos y conquistas. Se le formó cau-

sa, y fué procesado por Espinosa, quien lo sentenció a sufrir pena de muerte. Los cargos que se le imputaron fueron: que se había rebelado contra Pedrarias; y que se preparaba a descubrir por su cuenta. A estos cargos le acumularon la prisión de Anceiso y la triste desaparición de Nicuesa y de sus compañeros. Nada valieron las insinuaciones del mismo Juez Espinosa por salvarle la vida; ni la compasión de algunos amigos del sentenciado; ni la honrada y enérgica protesta de Balboa contra la enorme, inhumana y espantosa injusticia que se cometía. Su suegro Pedrarias, rencoroso, inflexible y sanguinario, hizo cumplir inmediatamente la sentencia terrible. Se le decapitó en un repostero viejo, y la cabeza se exhibió colocada en la punta de un palo. Lo sacrificaron a la edad de cuarenta y dos años, en 1517, en la época que florecían sus esfuerzos en prodigios de grandeza, en maravillas de triunfos y en milagros de gloria. . . . Es la aureola del martirio la corona de muchos elegidos de la inmortalidad; y la injusticia ruin, es la más de las veces la amarga recompensa que se le tributa a los hombres de incomparables virtudes. . . .!

La historia del eximio descubridor del Pacífico ha sido escrita por plumas gloriosísimas, que han divinizado al héroe y dado alto renombre a sus autores. Entre ellos descuella José Manuel Quintana, autor de «Las Vidas de los Españoles Célebres,» por sus ideas selectas, el estilo impecable, la abundancia de los detalles, el sentimiento noble, y por el espíritu de justicia que lo anima.

Hago este humilde trabajo, con el principal objeto de decir y comprobar, de manera convincente, la verdadera cuna de Vasco Núñez de Balboa, uno de los españoles más notables de cuantos vivieron a descubrir, conquistar y colonizar en el Continente Colombiano; y por lo tanto, una de las celebridades más sorprendentes de las que se enorgullece España.

Antiguos y modernos historiadores, apoyados en tradiciones sin fundamento, dicen que Balboa nació en Jerez de los Caballeros, hermosa y noble ciudad de Extremadura. Alguien quiso esparcir la nueva, simple conjetura, de que había visto la luz en Belalcázar, (Córdoba), pero es incierto, como consta en el bello libro que escribió en Jerez de los Caballeros el erudito español Angel Ruiz de Obregón y Retortillo, en Mayo de 1913, titulado Vasco Núñez de Balboa, y quien lo hace natural del mismo lugar donde escribió el libro. Ultimamente, con motivo de la celebración de la «Fiesta del Descubrimiento» (mejor que Fiesta de la Raza; o de la Lengua, como quieren otros) que ha empezado a efectuarse anual-

mente en España y en algunas naciones del hemisferio Colombiano, la famosa escritora Condesa Emilia de Pardo Bazán, lanza entre otras atrevidas opiniones, aquella de que Vázquez de Mella le ha dicho que Balboa nació en Galicia y que por ende, es contemporáneo de Cristóbal Colón, según Celso García de la Riega, el cual dijo era de Pontevedra, revolucionando así el mundo de las letras, con su escandalosa tesis, que ha sido muy combatida. No fué Balboa gallego como se trata de propagar, ni tampoco jerezano como lo divulgan Quintana, Retortillo y otros en sus importantes obras.

Es prudente recordar, que Henry Vignaud, diplomático distinguido, nacido en Nueva Orleans, el que con su mediación arregló las diferencias entre Francia y China, en 1885, refutó las publicaciones de Celso García de la Riega y sus secuaces, y concluyó su trabajo histórico afirmando que Colón no era Gallego, sino hijo de la ciudad de Génova, apoyado especialmente en un testamento apócrifo, el de 1498, que no tiene los requisitos legales requeridos, que no dice siquiera el lugar donde se hizo, nunca citado por ningún historiador contemporáneo del Almirante, rico en extravagancias, y que sin duda fué elaborado por alguno que quiso favorecer a la ciudad de Génova y dañar a Tharsis, cuna del ilustre Balboel Mayor, amigo de César, Pompeyo y Cicerón, y el primer colón entre sus colonés, que adquirió la dignidad consular en la gran patria romana.

La cuna de Balboa, dice Fray Bartolomé Casaus, sevillano, hijo de francés, que vivió larguísimo años en las tierras de este hemisferio, y que conoció personalmente a los Colón y a casi todos los demás descubridores, conquistadores y colonizadores, fué la ciudad de Badajoz, perteneciente a Extremadura. La cuna de Colón fué Córcega: así lo revela de modo sencillo y culto el brillante historiógrafo, gloria de Córdoba, Don Fernando Colón, refutando al Obispo de Nebbio—Córcega—Justiniano, un genovés, un erudito, un sabio, un ingrato, a quien, como a Bobadilla, se lo tragó el mar. El historiador cordovés descartó a Hervi, Cugureo, Bugiasco, Saona, la ciudad de Génova—no la República de Génova—y Placencia, lugares donde algunos querían que dijese había nacido su padre, el célebre Descubridor. Por el hecho de haber nacido en dicha isla, feudo del Vaticano, donada por Carlos, Rey de Francia, hijo de Pipino, hijo de Martel, en 774, y dada a la vez a Don Sancho, Rey de Aragón, por el Papa Bonifacio VIII el 27 de junio de 1295, y manzana de discordias entre Génova y dicho Reyno durante

muchos años, pudo considerarlo España como gloria suya, como hijo suyo, pues en la época del Descubrimiento formaba ella parte de la Corona de Castilla, como consta de los privilegios que los Reyes Católicos le dieron a Colón, confirmando los títulos de Almirante, Viso-Rey y Gobernador de las islas y tierra firme descubiertas y por descubrir en el mar oceano, no navegado antes por romano ni bárbaro, como dice Lucrecio en la Naturaleza de las Cosas. La confusión, la desorientación en que han incurrido los historiadores y comentaristas de Colón respecto a su origen, nombre y Patria, débese a que no se han fijado, que Cynos, arrebatada a Aragón por Génova en 1420, pertenecía a ésta cuando él nació, y por eso se dijo «genovés de nación»; y después cuando fué a Castilla, según el dicho de Don Fernando Colón que «conforme a la Patria (Iberia) donde fué a vivir y comenzar su nuevo estado» (donde adquirió títulos de nobleza etc.), quiso ser ciudadano español, y así se consideró, porque era oriundo de una colonia de España, es a saber, de Córcega, como se ha referido. Y fundado también en esta otra frase de Don Fernando, de que «cuanto fué su persona apromosado y adornada de todo aquello que convenia para un hecho tanto menos conocido y cierto (el Descubrimiento) quiso que fuese su ORIGEN y PATRIA»; es decir, que teniendo, por tales causas, dos patrias, se decidió por una, y se hizo originario de España, que a la vez lo había recibido bien, y fué, por lo tanto, hasta en el nuevo, sonoro, etimológico, significativo nombre, un perfecto ciudadano castellano. Claro es que la Patria es la tierra donde se nace. Esto no necesita comentarios. Acaso no recuerda Don Fernando, con Tácito, la cuna Calvina del Almirante?

En la tierra rubra del ensueño ó isla rosa de la inmortalidad, la divina Clio, bajo laurel glorioso, señala a Calvi, la cuna afortunada del héroe que domó los mares, del genio que resolvió el problema de los antipodas, que tanto discutieron los filósofos antiguos.....

Luego, decepcionado, abatido, recordando el hijo de Ceitia, las injusticias, grillos, maltratos e ingratitudes, llorando, muy lamentablemente, al Rey Don Fernando, escribía: «No es este hijo para dar criar a МАРАСТРА» «Yo soy un envidiado extranjero». «Llore por mí quien tiene caridad, verdad y justicia». «Yo no vine este viaje, (el último) a navegar por ganar honra ni hacienda: esto es cierto porque estaba ya la esperanza de todo en ella muerta.» «Nunca me acuerdo de Patria que yo no llore.»

a V. A. que si Dios place de me sacar de aquí, que haya por bien mi ida a Roma y otras romerías » Y agregaba que una voz divina le decía: «No temas, confía: todas tribulaciones están escritas en piedra mármol y no sin CAUSA» Esta sencilla declaración, este doliente testimonio auténtico, parece aclarar el misterio de la célebre piedra escrita,—comentada por Pedro Manovel y Prida, teólogo de Salamanca.—la cual tuvo Pedro Bonaparte, hallada en la Española, y que tanto se continua comentando, hace años, en la prensa de España y Francia. Y todas estas amarguras las vertía el Almirante en el suave romance de la Patria..... La gloriosa inscripción en piedra, semeja imitada en maldiciente, doloroso, horrendo verso castellano, por sabio que parece hubiera conocido el secreto, o hubiese visto, furtivamente, arrojar la piedra al mundo.

Lo expuesto es claro y sencillo, y puede leerse en Mariana, que veía mal las glorias del Almirante en las Bulas de los papas, en los Privilegios de los Reyes Católicos, en los cronistas antiguos del Descubrimiento, en Turselino, en Luciano, en Martín Casanova, en Víctor Balaguer, etc., y en la historia de Don Fernando Colón, cuya paternidad puso en duda Henry Harrise, abogado o historiador del Norte, quien, como otros, cayó enredado en las lnas mallas del insigne cordovés. ¿Quién se atreverá a negar que Don Fernando Colón no escribió la historia de su padre, y que Cristóbal Colón no era cosmógrafo, geógrafo eminente, en fin, sabio y que no ignoró nunca que había descubierto el Nuevo Cielo y el Nuevo Mundo, de que habló Isaias, profeta, repitió San Juan en el Apocalipsis, y comentó San Agustín? Harrise es uno que cuando no lo niega, lo duda. El libro que publicó en 1.871, ha fundado escuela, ha conquistado muchos proselitos en el mundo. La eminente publicista Condesa Emilia de Pardo Bazán asienta los mismos principios de Harrise, respecto a que el genio que venerarán los pueblos hasta la consumación de los siglos, era un hombre escaso de luces, que ni siquiera se había dado cuenta de lo descubierto. Esto ya no es conjetura ni opinión, sino axioma que han aceptado y repiten sin empacho los escritores modernos. Esta es la justicia que se le tributa al genio que descubrió mundos científicamente, y no por mera casualidad como cualquier audaz visionario afortunado.

¿Acaso Colón murió creyendo que Cuba era la tierra firme de Asia, la Española, Cipango, y a la vez España, y a la vez Ophir, en Arabia, y también Cethia, las ribe-

ras de Calvi é Isla Roja, en Córsega; y que las islas Fortunatas o Canarias, eran partes de la India....? Es cierto que él lo escribió con amargura y lo hizo creer al papa, al Rey, a los navegantes y a los grandes de la tierra, no por mofa, no por burla, no por befa, no por ironía, sino por conveniencia, por estar herido, por sabio, porque era humilde. Quién se atrevía a contradecir al Genio...? Si ellos lo creyeron, y los escritores no lo han entendido, débese a que no han estudiado su bella, originalísima retórica, única en el mundo, y a que no han visto que era hombre divino, siervo de Dios..... El Colón de Calvi no era un ignorante, no tenía venda en los ojos: él sabía que Cuba era isla; que la Española, nombrada por los indios Ayte, no era el Japón; y que este hemisferio era muy distinto al otro de donde había venido..... El lo reparó y así consta.

Si Moisés divinizó a Adán por el famoso recuerdo de sus magnificencias, como padre del hombre; si los religiosos poetas antiguos deificaron a Júpiter cretense, hijo del dios Saturno, padre de los dioses: si los buenos escritores han nombrado a Herodoto, padre de la Historia, no porque fué el primero en escribirla, sino porque la escribió mejor: en los siglos venideros será considerado Colón el hombre más sabio, más grande que ha producido el orbe; y por los incalculables beneficios hechos a la humanidad, se le tendrá también, como a Adán, a Prometeo, a Noé y a Deucalión, por nuevo padre del género humano.

Después de lo referido, para que no quedara menor penumbra de duda en lo que toca al nacimiento de Balboa en Badajoz, creo oportuno citar textualmente los párrafos donde el eximio Obispo de Chiapa, Gobernador de Cumaná, Bartolomé Casaus, lo dice con la sencillez propia del verdadero sabio y la ingenuidad que caracteriza al cronista honrado que vivió largos años, catequizando, bautizando y civilizando a los naturales del Nuevo Mundo y predicando con acento severo a los españoles el amor, la piedad y el respeto que los indios se merecían. Conocedor de los principales descubridores, pudo averiguar muchos secretos, esclarecer algunos misterios, y escribir luego todo lo que supo, para que no quedasen ocultas las verdades. En su gran Historia, Libro Segundo, Capítulo LXII, página 313, dice: "Con toda la diligencia que se puso, no dejó Vasco Núñez de Balboa de ir en el navio, metido en una pipa vacía, dijose que contra su voluntad y sin saberle Añiso. Este Vasco Núñez era uno de los que muchas deudas debía, vecino del postrero pueblo de esta isla (la Española al Occidente, llamado Salvatierra de la Cavana,

donde tenía indios de repartimiento, *natural de Badajoz*. Era mancebo de hasta treinta y cinco o pocos más años, bien alto y dispuesto de cuerpo, y buenos miembros y fuerzas, y gentil gesto de hombre, muy entendido, y para sufrir mucho trabajo; este había venido a la tierra firme, cuando vino a descubrir y rescatar Bastidas, de quien arriba hicimos mención. Salidos a la mar, salió él de su pipa, y dijeron que desde que lo vio Anciso se movió a mucha ira contra él, certificándolo que lo había de hacer échar en una isla despoblada, pues merecía muerte por las leyes; pero dello por se humillar, y dello porque otros a Anciso rogaron, se aplacó Anciso, y así Vasco Núñez se quedó porque tenía Dios determinado de hacer otra cosa del por su mal.» Y en el Libro Tercero, Capítulo XXXIX, página 66, repite la cuna, en estas elegantísimas frases: «Refiérese más, como los españoles que allí estaban le quitaron la obediencia, y eligieron Alcaldes y Regidores de entre de sí mismos, y los Alcaldes fueron, Vasco Núñez de Balboa, *natural de Badajoz*, y un Juan de Camulio, vizcaíno. Estos, con todo el pueblo, echaron de la tierra a Diego de Nicuesa, y fueron causa de que infelizmente fenebiese, puesto que Vasco Núñez a la postre remediallo quisiera, como en el capítulo final de aquel libro se dijo, el cual, después de Nicuesa ido, como era de buen entendimiento y mañoso, y animoso, y de muy linda disposición, y hermoso de gesto y presencia, y también por haber acertado en la tierra que había dicho, cuando en el navío de Anciso se perdieron, como en el Capítulo 63 de aquel libro referimos, cobró mucha estima y autoridad y muchos amigos en aquella campaña; confiado de todos adminículos, víndose con vara de justicia, (y Dios sabe, y aún los hombres lo podrían juzgar, la jurisdicción que tenía, que ninguna era, como allí se dijo) presumió, según se dijo, de perseguir al bachiller Anciso que lo había llevado en su navío, y vengarse de ciertas palabras que le dijo cuando por la mar venían, desde que supo Anciso que había entrado escondido en una pipa de harina.» Con los párrafos transcritos queda demostrada, probada definitivamente la cuna del gigante paladín que tuvo alientos de Hércules; que con un puñado de españoles sometió innumerables Reyes, dominó pueblos sin cuento, combatió a diario, y enseñó al mundo un paso directo que conduce a ambos océanos, descubierto a fuerza de talento, de energías, con recursos sumamente escasos.

La posteridad reconoce sus grandiosos méritos, y de muchas partes del globo vuelan cantos de alabanza a su nombre inmortal.

El Presidente de la República de Panamá, Don Belisario Porras, en carta que dirigió al Rey de España, el 31 de Enero de 1913, se expresa: «Deseamos que la estatua de Balboa se erija en Panamá, frente a la entrada del Canal, en sitio donde sea saludada eternamente por las banderas de todas las naciones y por los hombres de todas las razas; y para que ella constituya algo así como símbolo de solidaridad de la raza, aspiramos a que su costo sea cubierto por contribución voluntaria de españoles y latino-americanos.» En España se recibió con inusitada alegría el mensaje, y de manera espléndida se correspondió a la honrosa invitación.

El monumento a Balboa es de proporciones colosales. Ese es el mejor homenaje a sus grandezas, y el más alto tributo de admiración a su memoria ilustre.

Sean estas líneas una nota del himno que las naciones dedican al famoso español, que realizó maravillas: trabajó en pró de los intereses mundiales; dió renombre a la patria; y conquistó gallardamente los eternos aplausos de la gloria.

Ramón L. Santelli

Carúpano Junio de 1.919.





*A mis queridos pa-
dres León Santelli y
Catalina Sisco de San-
telli, dedico este ensa-
yo histórico.*

Ramón E. Santelli.

Carúpano: Junio de 1919 .

